

Telémaco

Angel Fernández Alba, tercera ola, vuelta al mundo

Juan Daniel Fullaondo

Me adelanto a señalar, vagamente apesadumbrado, que no conozco demasiado bien la obra de Angel Fernández Alba. Presumo que eso mismo, por desgracia, les ocurre a muchos. Sólo muy recientemente he podido contemplar un conjunto, razonablemente completo, de sus propuestas, así que, de alguna manera, lo que voy a decir deviene bastante aventurado. En esta situación, sí que no cabe organizar el texto como un enigmático planteamiento seguido de un iluminador desenlace. Ocurre que, a través de esta mi primera, arriesgada, impresión, dejando al lado las minucias, su obra, su actitud, me parece representativa de un cierto sector de estas nuevas promociones, tan de ahora, franqueando esas difíciles puertas de la madurez profesional, clamando, en estos años difíciles, por una identidad generacional y personal. Hay algo bastante dramático en la manera en que todo este valioso segmento profesional intenta asegurar, existencial y creativamente, su propia aventura, su propia voz. Y el caso de Angel Fernández Alba me parece arquetípico de este clima, arquetípico y, si se quiere, ejemplar. Desde otro punto de vista, el testimonio ofrecido por su figura puede constituir, en el arranque de estas notas, inmejorable ocasión para debatir, por ejemplo, dos casos diversos. Uno, referido a ciertos significados de la llamada y polémica constelación postmoderna. Otro, en relación con la fisonomía actual de los también llamados "jóvenes" en la Escuela de Madrid. (No tan jóvenes ya; si uno mira el calendario. Pero de alguna forma tenemos que hablar).

Por ejemplo, desde una perspectiva globalizada, como representante de algunas valencias tan características de este momento, por un lado, en la dimensión viajera, por otro, en su controlada asunción del panorama cultural americano (o anglo-americano). Intentaré explicarme. Ando ahora a vueltas con la redacción de un estudio sobre estas últimas veintitantas promociones, algo que, con dictamen superlativo, intento denominar, dentro del encuadre más general de la Escuela de Madrid, como generación del 68. Indico allí que, signados la mayoría de sus miembros por la inflexión derivada de los acontecimientos del 68 y del 73, inflexión que no vamos a pormenorizar aquí, registraran el reencuentro decidido, en muchos de los mejores, con una trepidante vocación viajera que determina, como ya indicaba hace veinticinco años Carlos Flores, el espíritu de la Generación Deco, la generación del 25, preludiada en Anasagasti y Zuazo y, de alguna manera, rematada por la brava odisea de García Mercadal. Ninguno de ellos resultaría comprensible fuera de esa vocación, interpretable tanto en un sentido mítico, como aventura heroica, rito iniciático, odisea particular, revelación, etc., como, en el plano de las realidades, por la búsqueda consciente, deliberada, de cumplidas referencias culturales. Y tampoco lo serían, dentro de la situación post-68, muchos de los actuales representantes del arco generacional, los leones

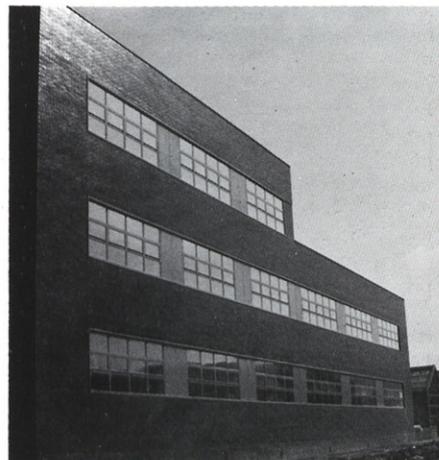
de la nueva sensibilidad, aquí emblemáticamente representados por Angel Fernández Alba.

Y esta situación sí que alcanzaría a ilustrar una curiosa dicotomía anidada dentro del ámbito madrileño, digamos que establecida entre "castizos" y "viajeros". Aunque, naturalmente, todos o casi todos los notables han contemplado de primera mano, muchas de las cosas de nuestro vario mundo, no es lo mismo el caso de Sota o de Oíza (por una vez, unidos) y, digamos "castizos" que el constituido por Molezún y Carvajal, "viajeros" mucho más intensamente vinculados psicológicamente a una inicial odisea reveladora. Oíza, evidentemente, viaja por América muy tempranamente pero, en profundidad, no me parece percibir en él, en su talante creador, la vocación ensimismada del conspicuo Simbad que, en su momento, fue un hombre como Ramón Vazquez Molezún. En el ápice de esta situación, lo he indicado en otro lugar, Fernando García Mercadal y Rafael Moneo, los inveterados Ulises. Ahora bien, desde una perspectiva generacional (con la salvedad relativa de los hombres Deco), diríamos que, hasta principios de la década de los sesenta, el viaje todavía constituye algo excepcional, que nos encontramos ante una generación donde predominaba la radicación, lo estable, la meditación desde "el agua", desde el horizonte personal. Luego, las cosas cambian, Longoria, Inzenga... (Por supuesto que habrá datos políticos y económicos que hayan contribuido a esta definición) hasta acabar constituyendo uno de los rasgos que terminan por configurar, en oposición a la situación anteriormente descrita, el clima transhumante de todo el arco generacional donde se inscribe Angel Fernández Alba. En su caso concreto (como, posiblemente, en el de todos), este aspecto se reviste de alguna característica psicológica extrañamente significativa y cualificadora de este ademán, en cuanto afanosa búsqueda de referencias poderosas y simultáneamente, digamos, de enérgicas figuras paternas.

Comentando con él, en cuanto versátil Telémaco, algunas de estas situaciones, se refirió, escalonada y cronológicamente, a su propio hermano Antonio, más tarde, a Stirling, para derivar últimamente hacia Kahn, Robert Venturi, etc. Luego completaremos con mayor rigor esta relación.

Y esto nos lleva hacia otra de las inflexiones de esta generación que se puede detectar muy palpablemente en su trayectoria, diríamos, como emergencia de progresiva "americanización" del gesto cultural que terminará por disolver, diluir, abarcándola en marcos más amplios, esa eterna, febril obsequiosidad hacia lo italiano, un auténtico invariante durante siglos, que ha determinado tantos y tantos capítulos de la aventura madrileña.

Este sí que sería un tema susceptible de muy amplio desarrollo, la forma en que, tras la segunda guerra mundial, comienza a bascular el panorama en torno a esta atracción americana, omnipresente, acaso como lo que



Escuela de Ingeniería Técnica Agrícola. Palencia. Alzado sureste.

se ha definido como la alternativa vislumbrada por Nietzsche de "universalización de la cultura a través de una sola civilización". (Resulta también significativa, al respecto, que haya sido un temperamento, como hemos visto, no específicamente "viajero", como Sáenz de Oíza, uno de los primeros hombres de posguerra que terminaría optando por una dilatada estancia en Estados Unidos, renunciando, prácticamente, al Premio de Roma. En Moneo, de otra manera diversa, se percibe el tránsito de una a otra esfera de atracción cultural).

En el caso de Angel Fernández Alba y haciendo referencia, lo que deviene realmente obligado, a su hermano Antonio, no dejará de presentar interés el contraste de sus respectivas trayectorias, de alguna forma inicialmente signadas ambas por esta consideración deliberadamente independiente de lo "italiano", y, conectadas en sus respectivas tempranías a la referencia escandinava, alemana, en el caso del mayor y la anglo-sajona, inicialmente postórgánica con Stirling y ulteriormente englobada en la amplia titulación "postmodern", en la aventura del benjamín. Toda esta situación, incluso desde esta visión dinástica de la familia Alba, los diferentes formatos de sus respectivas estelas, configura un panorama de lectura no sencilla. En verdad que nada resulta demasiado sencillo en relación con la compleja, delicada, evolución de la trayectoria de Angel Fernández Alba. Tanto examinada en sí misma (lo que no tendría demasiado sentido) como puesta en parangón con la anterior aventura de su hermano; tampoco, y como ya sabemos, demasiado sencilla de entender, pese a las habituales simplificaciones de estos últimos años.

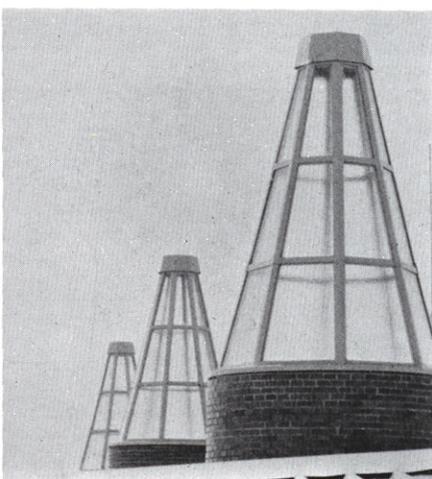
El hecho de su inserción dentro del clima postmodern, evidentemente irisado, polivalente, contradictorio, habitualmente tan mal entendido, contribuye a complicar las cosas hasta la ceguera. El dato cultural "americano" no coincide exactamente, como algunos pretenden, con el postmodernismo y sus pocos memorables torneos culturales, pero, de alguna manera, en la situación actual, sí que permite una suerte de examen paralelo, hermanado: La forma en que la sencilla, delicada, aproximación de Angel Fernández Alba, aureolada de vocaciones culturales y voluntad de conocimiento de lo que está ocurriendo fuera de aquí, da como resultado una

aproximación sensiblemente diversa de algunas de los otros postmodernos, evidentemente más "castizos" y polichinelas. Diríamos que Angel Fernández Alba, está y no está en la Escuela de Madrid, está "dinásticamente" y no está en cuanto vocación, digamos, cosmopolita. (Y esta es la primera vez con que nos topamos ante el carácter fronterizo de muchas de sus actitudes. Más tarde volveremos a este tema bajo iluminaciones distintas).

Hay algo en algunos de sus proyectos que parecen corresponder a una suerte de disposición absolutamente distinta de la emanada de este marco madrileño, como si luchara entre la doble sollicitación establecida por unas fuertes raíces, castellanas, etc., y el desarraigo del nómada espiritual de nuestro tiempo, errante por el mundo. Sin entender la peculiar situación del panorama americano, sin trascender los horizontes provinciales de este querido Madrid, jamás se podría comprender estos difíciles, intentos de Angel F. Alba, el talante nervioso de estos ademanos, aparentemente tan desarraigados, fronterizos.

Pero vayamos a intentar precisar algunos datos concretos sobre su trayectoria personal. Nacido en 1943, se gradúa en Madrid, en 1969. Primer encuadre en cuanto típico miembro de la generación de la llamada, polivalente, generación del 68, por lo tanto. Ya hablaremos de todo esto en otro lugar, todo lo ampliamente que lo requiera el tema. Ocorre que tengo que decir algunas de estas cosas con mucho cuidado porque, quizás, en mi misma trayectoria, advierto la misma sensación fronteriza, la instalación de borde, de pertenecer a dos mundos, de estar situado en la divisoria, participando, quizás, de ambas sollicitaciones, es decir, la del 58 y está última del 68 que ha movido, de manera un tanto incierta, las aventuras de más de veinte oleadas generacionales. A todos nos han salpicado las cosas. También en este caso de estar y no estar, de morar en una provocadora sensación de incertidumbre.

Pero prosigamos, él mismo nos relata su andadura viajera, el University College de Londres el 71 y el 72, la Universidad de Pennsylvania el 74 y 75, un año después, Estudios Americanos en Salzburgo... El año anterior había trabajado en Nueva York, en la célebre firma de Gruzen & Partners, donde años atrás también recalaría Francisco F. Longoria, otro personaje fundamental —y tan mal interpretado en estos momentos— a la hora de la definición de los rasgos de toda una época. Longoria y Angel F. Alba, viajeros inveterados, protagonizan dos diversos momentos, dos tiempos diferentes de esta ascensión del panorama americano, momentos entendidos, eso sí, bajo dos iluminaciones culturales en absoluto coincidentes. Carácter



E.I.T.A., Palencia. Detalle de los lucernarios.

rístico de los sesenta el poderoso talante de Longoria, pensando siempre las cosas en grande, representativo de la década posterior, el sensible, nervioso, intimista, *approach* de Angel Fernández Alba. Dos capítulos sucesivos dentro del mismo proceso.

Y completando lo que antes esbozábamos, las referencias que él mismo suministra en cuanto orientación "paterna", a lo largo de los capítulos de su evolución. En el Reino Unido, los nombres de Christopher Jones, Peter Cook, Cedric Price, Peter Smithson, James Stirling. La lista, evidentemente, deviene crudamente heterogénea. Brutalismo, tecnología, Archigram, el inicial post-wright del más brillante Stirling..., un pudding típicamente británico. Hasta ahora, sazonado con un gusto muy de los sesenta, también.

En Norteamérica, la lista, asimismo, resulta irisada, Buckminster Fuller, Kahn y Venturi. El primero, restallante también en la poderosa desmesura de esa época..., los segundos ya son otra cosa. Kahn, el "motor del cambio", llevando a cuestras las quimeras, abre ya paso hacia demasiadas cosas del mundo ulterior, Tendencia y Postmodern, entre ellas. Con dos grandes herederos directos por lo menos, Romaldo Giurgola y, por supuesto, el inevitable e ilustre Venturi con su gracia despeinada. Hasta en la enumeración de estas heterogéneas referencias se revela Angel F. Alba, testimonio arquetípico de esta generación del 68, ecléctico existencial, registrando como un barómetro el caudal de incidencias, humores, esperanzas y desencantos que iban a marcar tan irremisiblemente el rostro de una generación a caballo de tantas cosas, fatigadas de impresiones. Tantas cosas acaba, a veces, por marear.

Ocorre que, en su caso concreto, colocado en paragon con algunos de sus coetáneos, de su propio hermano, Angel F. Alba verificará el filtrado personal de todo este heterogéneo caudal de sollicitudes a través de una sensibilidad más sosegada, menos violenta, áspera, dramática. O, quizás, es que se trata de dramatismos diversos, de un acento sencillamente más lacónico, reticente ("anglo-sajón", podría decirse), sensiblemente reflexivo en el caso del más joven. Tampoco resulta casual su instalación como profesor en la Escuela (otro invariante operativo de estos años, la consabida docencia) en la cátedra, precisamente, de Juan Navarro Baldeweg, ese extra-

ño creador, quizás el más "ultravioleta" dentro del espectro de los arquitectos de esta Escuela de Madrid. En Angel Fernández Alba veremos también algo de yogi, de voz baja, pausada y borrosa, con mucho acento (inglés, naturalmente)... Vuelvo a contemplar el pequeño repertorio de documentos sobre su obra y recuerdo alguna conversación que tuvimos sobre el OMA y la obra de Zaha Hadid. No es, naturalmente, lo mismo, pero me parece percibir este tacto leve, como rozando las cosas, el cuidado del dibujo, la ortografía y buena letra, la consideración caligráfica trabajada; y las divergencias. No hay, por lo menos no lo percibo, la vocación utópica, el desmelenarse especulativo. Toda esa delicadeza en el toque, esa levedad, parece colocada, inmediatamente, al servicio de una cierta vocación de realismo. Las cosas se dibujan como si fueran joyas, un además aparentemente platónico, ideal, y, sin embargo, el temperamento parece corresponder en profundidad a esa componente realista de tantos arquitectos madrileños, aferrados al aquí y al ahora, a la dimensión del arquitecto de siempre, el homo-faber (en este caso, algo también común a su hermano Antonio).

Homo-faber, por supuesto, atemperado por la cultura, la atención sentenciosa a lo que Leonardo denominaba "cosa mentale". Me parece que también en este aspecto se impone ese algo recurrentemente fronterizo en la actitud global de Angel Fernández Alba. De nuevo la sensación de incertidumbre. Como participando de todos y cada uno de los variados humores de esta complicada época, algo como propio de un "arquitecto resumen". Lo significativo es la forma tan curiosamente personal con que modela el intrincado repertorio de alusiones manejadas, desde Ludwig Leo a Robert Venturi o Graves, desde Stirling a Cedric Price. Y no resulta, en verdad, fácil conseguir para un hombre joven, ese acento personal, situado, ya de entrada, bajo la atmósfera psicológica de un hermano como Antonio Fernández Alba. Esta sí que sería otra de las iluminaciones verdaderamente dramáticas de su andadura. Joyce decía que un hermano se olvida tan fácilmente como un paraguas. Supongo que dependerá del talante de los hermanos.

Me pregunto, por último, en dónde reside en profundidad, esa extraña atmósfera personal, que unifica todos estos planteamientos, que es lo que les hace trascender el plano de una inmediata, generalizada, brillantez. Algo de ello podría centrarse en su reticencia, en la forma en que la posible vocación romántica es refrenada, con fatigada elegancia, situada en segundo o tercer término. Pero me parece que hay algo más, algo distinto. Como si estuvieran todos ellos inmersos en una evasiva atmósfera, sofisticadamente infantil, afectada, quizás, como correspondiendo a piezas de un extraño, melancólico, juego de niños. Algo, también muy característico en la crispada ambientación psicológica de esta generación, una extraña componente simultáneamente estimulante y, digamos, pervertida, sofisticada. Por supuesto, muy sujeta a la difícil verificación posterior que conlleva toda trayectoria, en algún sentido, paradójicamente tan juvenil. Desde mi propia instalación, en el borde anterior, mirándolo desde fuera, lo contemplo como algo verdaderamente inquietante, provocador, como caminando sobre el filo de algo.

J. D. F.

E.I.T.A., Palencia. Alzado noroeste absoluto.

